



**"DEJA QUE LOS PERROS LADREN".** — Un buen esfuerzo por hacer cine chileno. Técnicamente es la mejor película salida de estudios nacionales.

## La Semana

He aquí una síntesis de los comentarios de los principales estrenos cinematográficos de la semana en la ciudad.

### "DEJA QUE LOS PERROS LADREN"

Los intentos y esfuerzos por hacer cine chileno alcanzan este año dimensiones que nunca antes se lograron. Cuatro películas producidas en menos de doce meses ("Deja que los perros ladren", "Recordando", "Un país llamado Chile" y "La Santa Misa") son un índice de una iniciativa que tiene la suficiente fuerza interior como para desafiar la falta de protección al cine nacional de la parte gubernativa y la audacia de enfrentar a un público cuyo gusto está, por lo general, educado en la escuela del cine norteamericano desvelado por afanes exteriores, superficiales, espectacularidad, pantallas panorámicas y cinemascope.

"Deja que los perros ladren" salva los dos exámenes con nota dispar. El filme ha tenido éxito económico, por lo menos en Santiago, y compensará en parte los riesgos. En el otro aspecto, la cinta de Naum Kramarenco también obtiene aprobación. Es la mejor película chilena estrenada hasta ahora en el aspecto técnico. Se puede ver. La fotografía es nítida. El sonido claro. Como artesano, Kramarenco y el equipo de técnicos que lo han secundado, han respondido en una proporción que su resultado bien poco tiene que envidiar a la producción extranjera.

Pero un análisis cinematográfico de la película "Deja que los perros ladren" lleva, necesariamente, a otras conclusiones. La cinta falla por la raíz: su adaptación. Está basada en una obra teatral de Sergio Vodanovic y su traslado a la pantalla no ha sido realizada con la suficiente pericia, inventativa o imaginación. El teatro es una cosa; el cine otra. Llevar una obra teatral a la pantalla supone transformaciones formales que exigen audacia y riesgos de un relizador experimentado e imaginativo. El teatro tiene su lenguaje: la palabra oral. El cine también posee el suyo: la imagen dinámica. Los medios expresivos son distintos y cuando el cine echa mano al teatro para nutrirse de temas, debe enfrentar la tarea de una adaptación que sin malograr los valores espirituales de la obra original, abra campo a todas las posibilidades expresivas de la imagen para fortalecer la profundidad dramática del tema y de los caracteres de sus personajes.

En "Deja que los perros ladren" existe una excesiva adhesión a lo teatral. La acción se hace lenta y los personajes hablan y hablan como si estuvieran en un escenario. Y entonces, la personalidad del director Kramarenco se resiente. No es él ni el cine chileno, el que lanza la acusación, la crítica y la denuncia a la sociedad chilena. Es Vodanovic, el autor teatral, el que está presente hablando a través de la boca de sus personajes. El



director se transforma tal vez en un interprete demasiado servil a la obra teatral como para aportar lo suyo, dejarse "ver" y "oir" también. La difícil tarea de la adaptación no ha sido superada.

Kramarenco tiene, sin embargo, el mérito de transmitir el mensaje de la obra con claridad. Sin muchos recursos, pero cumple una finalidad básica: dar a entender la trama. Su dirección que no alcanza relieves —es demasiado pareja, equilibrada, plana— tropieza con un guión de limitaciones escénicas —que trata de superar con la habilidad fotográfica de Ricardo Younis y el afecto y sensibilidad que pone el equipo de actores.

Técnicamente, pues, "Deja que los Perros Ladren" es lo mejor que ha salido de los estudios chilenos. En este sentido, responde a un avance importante, porque con esta cinta, el cine nacional se abre paso para competir con posibilidades frente a la producción industrial extranjera que invade las pantallas del país. Lo otro es lo discutible. Queda incluso la sensación de haberse errado el camino al elegir un tema teatral. Muchos esperan un cine chileno con más elementos naturales y folklóricos. Más dinámico. No encerrado en cuatro paredes y en una media docena de escenarios. De todas formas, aunque errado o no, se ha dado un buen paso por hacer cine en el país. Un paso que puede conducir, con la debida reflexión, al encuentro de un cine con estilo y espíritu propios. Un cine hacia el cual Kramarenco ha entregado, por lo menos, el esfuerzo de un talento de artista que se preocupa de hacer las cosas bien, aunque los resultados sólo sean formales.

### EL ALAMO

Pertenece al género de "superproducciones" norteamericanas. El actor John Wayne debutaba ahora como director. Narra la tragedia de un grupo de hombres decididos a resistir hasta el último momento en una pequeña fortaleza en el centro de Texas, el asedio de miles de soldados, para que sus aliados pudieran organizarse y continuar la lucha con posibilidades de éxito. Wayne se inclina por el despliegue humano y material. No da densidad dramática a sus escenas, aunque la última media hora, en la que describe una monumental batalla, compensa el largo deambular de los personajes a través de escenas inoperantes. Allí cobra el filme bríos extraordinarios, por el juego de imágenes que desarrolla. La grandeza descriptiva de esas escenas constituye lo mejor de la cinta dentro de todo el superficial relato lleno de lugares comunes y situaciones de escaso vuelo imaginativo.